10. Felipe II en el convento jerónimo

LUIS BUSH
olavide@gmail.com

10.1. Introducción

Es conocida la predilección que el rey Felipe II tuvo por la Orden de San Jerónimo, y mucho se ha discutido sobre las causas que lo motivaron. Estas se remontan a la tradición de la monarquía hispana, pues los reyes sus antecesores fueron siempre protectores y benefactores de los jerónimos, a la elección que hizo su padre, el emperador Carlos V, de retirarse a morir al monasterio de San Jerónimo de Yuste, o a la naturaleza netamente española de la Orden, que nunca salió de las fronteras de la Península, lo que le permitía un mayor control sobre la misma.

Fuesen cuales fueses los motivos, lo cierto es que el rey tuvo una relación muy estrecha con los jerónimos y sus monasterios, que visitó frecuentemente en sus desplazamientos, y especialmente, con la que sería su magna obra, el monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial, empeño principalísimo de su reinado y concepción personal del monarca.

En el presente trabajo se da una breve panorámica de estas relaciones, bien por los viajes de Estado que hubo de hacer, bien en su postrer viaje, cuando, viejo y enfermo, determinó morir en San Lorenzo.

10.2. En El Escorial

Escribe sobre El Escorial y Felipe II, el historiador William H. Prescott, lo siguiente: «[…] *no se puede negar que, si todo vestigio de su reino fuese a desaparecer, esa maravillosa estructura sería suficiente para demostrar la grandeza de sus planes y el alcance de sus recursos…*»[1]

Podríamos añadir que la fundación y la vida de ese mismo monasterio sería suficiente en circunstancias análogas para explicar la profunda relación del rey Felipe II con la Orden de San Jerónimo.

Los monjes jerónimos, en efecto,

> «Gozaban desde tiempos atrás de una gran estima y protección por parte de los monarcas españoles, favor que alcanzó su máxima expresión bajo los reinados de Carlos I y Felipe II. Aquél lo demostró retirándose a Yuste para pasar en tranquila soledad los últimos días de su vida y esperar en compañía de tan austeros religiosos la llamada del Señor; Felipe II, eligiéndolos para ser los custodios y dueños de la octava maravilla».[2]

1 W.H. Prescott, *History of the reign of Philip the Second, King of Spain*, 3 vols (Leipzig: Alphons Durr) 1856. Book VI, p. 219.
2 S.Rubio, OSA. *Los jerónimos de El Escorial, el canto gregoriano y la liturgia*. Ciudad de Dios 182 (1969) p. 225.

Desde su instalación solemne en el monasterio en el verano de 1571, los jerónimos se dedicaron a su principal cometido, y el más querido y favorecido por el Rey, el culto divino:

> «Si el monarca dotó al monasterio con generosidad y largueza inigualables, se superó en todo lo concerniente al culto divino o con él relacionado, y esto, precisamente, para que los monjes tuvieran en sus manos la facultad de realizarlo con devoción y solemnidad sin parigual. Así ocurrió desde los mismos comienzos; su dedicación al culto fue tan generosa y sacrificada; la devoción, pausa y solemnidad con que lo realizaban tan perfectas».[3]

En un esfuerzo digno de resaltar, el Monasterio se convertía en una fuente continua de alabanzas divinas, en las cuales participaba devotamente el Rey:

> «A la tarde se dijeron las Vísperas con la misma solemnidad; subió el Rey, llevando consigo al Príncipe, a oírlas al coro principal, y aquí también dio señas de su gran piedad y modestia: no sólo no quiso ponerse en la silla del prior, mas ni aún en las que están junto de ella señaladas en grandeza, sino en el rincón de la mano derecha, en una silla que, por hacerse allí ángulo, es algo más ancha que las otras, y en ellas se pusieron padre e hijo, mandándole al prior que no se mudase de su silla».[4]

En el Escorial se cantaban diariamente tres misas: la primera a la hora del alba que oficiaban por el Rey los niños del seminario en el coro bajo; las de prima y tercia, cantadas por toda la comunidad, la de prima a las cinco de la mañana y a las nueve la de tercia. La de prima se decía por todos los Reyes y personas reales difuntos que ahí estaban enterrados, la tercera y la mayor por el convento y todas las personas reales que entonces vivían. Como señala Samuel Rubio:

> «El coro ocupaba a los religiosos casi doce horas al día, y con relativa frecuencia más. Ya en el siglo XVI escribe la comunidad lo siguiente sobre esta pesada carga: «Lo que toca al coro (dejadas aparte tres misas cantadas cada día, que oírlo espanta a otras casas) es de lo muy largo; porque lo más días de fiesta en verano, desde las cinco de la mañana hasta las doce del día ni se sale del coro, ni de la iglesia, y muchos destos días el tiempo que ha estado aquí su majestad ha habido catorce y quince horas de coro, que parece imposible».[5]

De la importancia que el coro y oficio divino tenía en la Orden de San Jerónimo, pueden servir de muestra estas líneas de la carta que el general fray Jerónimo de Alabiano escribió a Felipe II en 1564. En ella manifiesta sus inquietudes sobre la propuesta de fundar un colegio en El Escorial, que pudiese afectar la esencia y vocación de la Orden de San Jerónimo:

3 Rubio, *op. cit.,* p. 226.
4 Fray J.de Sigüenza, OSH. *Cómo vivió y murió Felipe II / por un testigo ocular*. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1928
5 Rubio, *op.cit.,* p. 227

«De una cosa es bien que su majestad esté advertido; que así como conviene que en la Orden haya letrados y personas doctas en número y cantidad competente para que en todas las casas de ella haya personas letradas y doctas y si pudiere ser eminentes en ciencia y en el oficio del púlpito y para leer y confesar, etc., así no conviene que haya exceso en haber muchos letrados como en la Orden de Santo Domingo y en otras partes, porque los letrados se excusan del coro y oficio divino, que es nuestra principal y primer instituto y tomaríamos el accesorio por principal, lo que sería grande inconveniente y vendría la Orden a hacer su oficio como las otras, distraídas en letras y caería mucho en la mortificación, modestia y recogimiento que ahora tiene».[6]

Algunas fechas en el calendario tenían especial relevancia para la vida en el Monasterio; una de ellas era la Semana Santa. El Rey, que con anterioridad pasaba estos días en San Jerónimo de Guisando, ya la comenzó a celebrar en su nueva Casa, incluso antes de que la nueva construcción estuviese terminada:

«En 1577 [...] volvió para el Domingo de Ramos siguiente; anduvo en la procesión con sus caballeros, y procuraban los religiosos hacer los Oficios divinos con tan buen cuidado, que el Rey no tuviese que enmendar, que no era poco. Hizo el mandato el Jueves Santo, en acabando la misa mayor, juntando tanta majestad y devoción en este acto, que enterneciera las piedras; hincábase de rodillas a los pies de aquellos trece viejos, que se escogían para esto; lavávaselos y besábaselos con profunda humildad, ayudándole en esto sus dos sobrinos, Príncipes de Bohemia, Alberto y Wenceslao, dándole agua y toallas; sirvióles después a la mesa una comida real, de que los buenos viejos comían poco, y lo más eran lágrimas que se les iban por los rostros, considerando la persona que les servía. Pasó aquí esta Semana Santa en mucho recogimiento y oración, asistiendo a todos los Oficios. Confesó y comulgó, y el día de Pascua de Resurrección se fue a comer al refectorio con los frailes, llevando consigo a los dos Príncipes sus sobrinos, a quien servía de ayo y de maestro, enseñándoles el temor y reverencia que habían de tener en los actos y ministerios divinos; oíanle algunas veces en el coro los religiosos que estaban cerca de su silla, por ser pequeño, los santos revestimientos que les hacía en los versos de los salmos que venían a propósito».[7]

También, Felipe II pasaba en San Lorenzo, en algunas ocasiones, las Fiestas de Navidad:

«Vino el Rey aquí a tener esta Pascua y estuvo en los maitines de aquella santa noche del Nacimiento, testigo soy de vista y muchos de los que hoy aquí vivimos, que con hacer grandísimo frio estuvo el piísimo y católico Rey todo el tiempo que duró el invitatorio y el himno, hasta el primero salmo, en pie, sin arrimarse y descubierta la cabeza, con tanta compostura y serenidad

6 G.Sabau Bergamín, «Relaciones de Felipe II con la Orden de San Jerónimo» en *Studia Hieronymiana*, Tomo II, Madrid 1973., p. 313 a 346.
7 Sigüenza, *Como vivió…. op.cit.,* p. 61

que no sé yo si hubo algún religioso que pudiese sufrir otro tanto; confieso que me avergoncé y corrí de mi tibieza y que, después acá, me ha servido de despertador tan grande ejemplo de un monarca criado al fin en majestad y regalo. Diré también esto de paso, pues a mí no me toca escribir otras hazañas de este Rey, sino éstas de su devoción y piedad, que jamás le vi vencido en cosas del oficio divino, por largas que fuesen en este convento, y que nos venció él a todos muchas veces».[8]

En abril de 1586, el Papa Sixto V accede, para gran satisfacción del Rey, a entregarle una reliquia del bendito mártir *Laurencio* para que descansase en esta Casa «donde es tan servido y reverenciado y puesto en gran veneración»:

«Enviósela el sumo pontífice Sixto quinto con un camarero suyo, y llegado a esta Casa con ella, mandóla el Rey poner aquella tarde que llegó y toda la noche en la capilla del Sitio con muchas luces, y a la mañana la mandó traer a la puerta del pórtico y se puso en un famoso altar que allí se hizo para este efecto. A hora competente salimos todos los frailes con mantos y velas blancas encendidas, en procesión, con muchas capas de brocados muy ricos y el prior vestido con los ministros, y detrás venía el Rey Católico con su hijo el Príncipe y la serenísima Infanta con todos los de su casa y corte. Entrególa el criado del Papa con auto público y con grandes testimonios al prior, y en tomándola en sus manos llegó el Rey Católico y la adoró de rodillas, y lo mismo hizo el Príncipe y la señora Infanta. Iban cantando con ella los responsos del bendito Laurencio. Acuérdome hacía un aire allí en aquella puerta grandísimo que nos quería llevar según era de furioso y grande. Venía puesta la santa reliquia en un santo hecho de madera dorado, y representaba a San Lorenzo con su corona como la que traemos los frailes. En acabando la misa y el sermón, que le hubo y muy bueno, estando el Rey en su oratorio, mandó que le llevasen allí la reliquia».[9]

Quizás ningún hecho marcó tanto la plenitud alcanzada en la obra del Escorial, como la traslación del Santísimo a la Basílica de San Lorenzo desde la iglesia de prestado. Cuando en 1586 se acabó de edificar el santo templo se celebró esta traslación con asistencia del Rey y gran solemnidad:

«Y, al fin puesto todo a punto con universal alegría y contento el 9 de agosto, vigilia del glorioso mártir San Lorenzo, que fue viernes de este año 1586, dichas las horas en el coro e iglesia pequeña, y la misa del día a las ocho de la mañana, se juntó convento y colegio y seminario en la misma iglesia. Salió Su Majestad y Príncipe y toda la Casa Real de su aposento y juntos todos, el Prior vestido con su casulla y los ministros con dalmáticas, en solemnísima procesión, pasaron el Santo Sacramento a la iglesia principal y le pusieron dentro de aquellas riquísimas custodias; el Prior llevaba en las manos la custodia de oro, viva arca del Testamento

8 Sigüenza. *La Fundación del Monasterio de El Escorial*. CMC editor, Valencia, MMX, p. 65.
9 Fray Jerónimo de Sepúlveda, , 'Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España', en *Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial*, IV. Ed. P.Fr. Julián Zarco Cuevas O.S.A. Beato (Madrid, 1924) p. 129.

> […] llevaban las varas del palio el Rey y su hijo el Príncipe don Felipe, que, aunque pequeño, ya tenía gusto de cosas espirituales, por ser industriado de tan buen maestro como su padre, y con ellos otros caballeros de su Cámara
>
> […] entraron por la puerta principal de la iglesia y por el sotacoro, y por la reja principal de la iglesia, donde estaba la guarda del Rey para que de allí adelante no entrase nadie sino la gente principal de la Casa Real; iba el coro cantando hasta allí los himnos del Santo Sacramento; en llegando a la reja, entonaron los seis cantores que iban con capas el himno *Te Deum laudamus*.
>
> Subieron el Prior y los ministros hasta las gradas últimas del altar, quedando todos los religiosos en su mismo orden por todo el cuerpo de la iglesia tendidos. Dichas las oraciones competentes y puesto el Sacramento en la custodia, los religiosos se subieron al coro; el Prior y los ministros tomaron la sacristía y salieron luego a decir la misa primera mayor, que fue del Espíritu Santo… Celebrado este tránsito y la misa con gran solemnidad y regocijo de las almas, a la tarde se dijeron las vísperas de la fiesta del glorioso mártir San Lorenzo con la majestad que fue razón». [10]

Aunque aún quedaban pendientes gran parte de los trabajos de ornamentación y amueblamiento del monasterio de San Lorenzo, con esto, se puede considerar que quedó completa la feliz síntesis de la dialéctica filipina: el sitio de encuentro de sus esfuerzos humanos y de su culto divino.

10.3. En sus viajes

Como señalaba el monje fray Jerónimo de Sepúlveda, *el tuerto*, Felipe II tenía cierta predilección por hospedarse en las casas de los monjes jerónimos, y esto se puede constatar estudiando la elección de sus estancias en sus viajes por España:

> «Tuvo la Semana Santa y Pascua en San Jerónimo el Real de Madrid, en sus palacios que allí tiene, y así siempre ha de estar en casa de frailes jerónimos dondequiera que vaya.» [11]

Felipe II, en su largo reinado, no fue muy aficionado a viajar, cosa comprensible si tenemos en cuenta el esfuerzo humano y logístico que entrañaba el viaje en el siglo XVI. Como referencias principales de sus viajes por España, tenemos dos fuentes principales: su viaje a Zaragoza, Barcelona y Valencia en 1585 y su Jornada de Tarazona en 1592.

Por fortuna ambos viajes están ampliamente reseñados por Henrique Cock archero de la guardia de Felipe II, «*Que no se limitaba a cumplir concienzudamente los deberes de su cargo de guardia del Cuerpo Real, sino que procuraba aprovechar cuantas ocasiones se le ofrecían para satisfacer sus aficiones estudiosas.*» [12]

10 Sigüenza, *La Fundación…..op.cit.,* p.108.
11 Sepúlveda, *op.cit.,* cap. X, p.118.
12 H. Cock, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia,* ed. A. Morel-Fatio and A. Rodríguez Villa, Madrid, 1876, p. XI.

10.3.1. Viaje a Zaragoza, Barcelona y Valencia 1585

El motivo de este viaje fue celebrar Cortes en Monzón, jurar al príncipe don Felipe y celebrar en Barcelona la boda de la infanta doña Catalina con el duque de Saboya.

> «… después que Filipe fue jurado Príncipe de los reinos de Castilla y León en la villa de Madrid el día de San Martin, a once de noviembre, en el monasterio de San Jerónimo, fundado de Enrique IV,…. ordenó el Rey Católico que semejante juramento le hiciesen los reinos subiectos á su corona real de Aragón y que de camino fuese a tener Cortes en Monzón».[13]

El Rey salió de Madrid el 19 de enero de 1585 y partió para Guadalajara.

> «De Guadalajara se fue su Majestad al monasterio de San Bartolomé de Lupiana, de la orden de San Jerónimo, dos leguas de la ciudad hacia el mediodía, y dícese que este es el primero que se fundó de la dicha orden. Aquí tuvo el día de la Candelaria y recibió la vela bendita, deteniéndose tres o cuatro días, hasta que de hecho se puso en el camino de Zaragoza».[14]

Ya en Zaragoza, el Rey, demostrando su gran interés, visita en dos ocasiones el Monasterio de Santa Engracia.

Este monasterio fue fundado por Juan II de Aragón, padre de Fernando el Católico, en agradecimiento por la cura de unas cataratas a manos de un médico judío. Padre, hijo y biznieto, Carlos I de España, construyeron un magnífico conjunto monástico en estilo mudéjar renacentista sobre una iglesia subterránea, que desde el siglo IV albergaba el «Santuario de las Santas Masas», donde se conservaban los restos de Santa Engracia y otros 18 mártires de los siglos III y IV. Las joyas del monasterio eran el Claustro Grande, el mayor de los dos que poseía, y la portada, que se ha conservado. Del esplendor del monasterio da cuenta Jerónimo Zurita, que habla de una biblioteca que en el siglo XVI tenía 2.000 libros.

Henrique Cock nos describe las visitas de la siguiente manera:

> «A trece días de Marzo fue Su Majestad con su yerno a visitar el muy insigne monasterio de Santa Engracia, de la Orden de San Jerónimo, a caballo: el Duque (de Saboya) dio a Su Majestad la mano derecha; las infantas con el Príncipe iban en su coche como solían, siguiéndoles las damas y nuestra guarda de archeros. Este monasterio es muy visitado por los ciudadanos y el pueblo devoto, así por las reliquias de los santos que allí son, como por su alegre sitio que es entre huertos y espesos olivares. Su iglesia es nueva, fundada, como parece, a costa de los Reyes Católicos. Aquí oyeron misa cantada por la capilla real con mucha solemnidad y sermón de un religioso de la dicha Orden, a la cual Su Majestad es muy aficionado. Acabado que fue el oficio, entraron todos debajo del altar mayor en una cueva donde reposan las reliquias de los santos, y habiéndolas venerado como es razón, se

13 *Idem, Viaje 1585…op.cit.*, p. 7
14 *Idem, Viaje 1585…op.cit.*, p. 14

volvieron a palacio por la misma orden que habían venido a las dos horas después de comer.

A diez y nueve de Marzo, sin pompa, fueron en el coche a Santa Engracia, donde asimismo, vistas las reliquias que allí están, volvieron a casa consumiendo el día con alegría». [15]

La siguiente referencia jerónima se produce el 24 de abril en Tous, antes de llegar a Barcelona.

«Miércoles, a veinte y cuatro de Abril, aguardando otra vez la pasada de Su Majestad, le seguimos hasta en Tous, lugar de cuarenta vecinos, cuya jurisdiccion es de los frailes de San Jerónimo de Barcelona. Allí comió Su Majestad, porque estaba de Santa Coloma dos leguas grandísimas y faltaba otra de caminar hasta Igualada.» [16]

y en Barcelona el cronista destaca que: «*Monasterios de hombres hay de todas las órdenes que hay por toda España. Dos muy ricos conventos de la Orden de San Jerónimo hay fuera de la ciudad: el uno se dice San Jerónimo de la Bron, y el otro de la Murta.*» [17]

Hace referencia el cronista a los monasterios de San Jerónimo de Val de Hebrón, y de San Jerónimo de la Murtra de Badalona.

En enero de 1586, después de un largo viaje de más de un año de duración, y antes de entrar en Valencia, Felipe II visita San Miguel de los Reyes, monasterio grande y real de la Orden de San Jerónimo, fundado por don Fernando de Aragón, duque de Calabria, y su mujer, doña Germana de Foix.

10.3.2. Jornada de Tarazona 1592

También fue larga la jornada de Tarazona que duró casi seis meses, aunque la estancia en la propia ciudad de Tarazona apenas llegó a la semana. La indisposición del Rey obligó a realizar trayectos diarios cortos de dos o tres leguas; sólo cuando no se encontraba acomodo adecuado en los lugares más próximos, se extendía el recorrido diario: «*Hizo Su Majestad estos tres días diez y ocho leguas por falta de no haber por este camino lugares donde acomodarse con su gente, y por esto se mandó también a la compañía tomar otro camino*». [18]

El 12 de junio sale el Rey de Segovia e inicia la jornada a Tarazona. Al día siguiente tiene su primer encuentro con las casas de los jerónimos llegando a Párraces, abadía anexada por el Rey al monasterio del Escorial, donde se hospeda dos noches. Le recibe el prior de San Lorenzo y le pide con insistencia que mande arreglar el claustro de esa Casa que se encuentra en muy mal estado; cosa que promete hacer el Rey.

15 *Idem, Viaje 1585…op.cit.*, p. 62
16 *Idem. Viaje 1585…op.cit.*, p. 118
17 *Idem. Viaje 1585…op.cit.*, p. 124
18 H.Cock. *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*, ed. A. Morel - Fatio and A. Rodríguez Villa (Madrid, 1879). p. 82

«Sábado, trece días, fue día de Sant Antonio de Padua, y se guardó en el lugar de nuestro alojamiento. Su Majestad fue dos leguas adelante en Párraces, granja del convento de Sant Lorenzo el Real, que está tres leguas grandes de Segovia, y quedó allí domingo, a catorce, entreteniéndose, hasta que lunes, á quince, fuese á dormir en Martin Muñoz de las Posadas». [19]

Dos días después, habiendo pasado por Martín Muñoz de las Posadas y Montejo de Arévalo, llegó el Rey a otro monasterio jerónimo:

«El cual vino de Montejo aboca de noche, y entró por una puerta en Olmedo y salió por otra, y fue alojar en un monasterio de Gerónimos, un cuarto de legua distante de la villa, que se dice La Mejorada y donde estaba hecho su aposento, y llegó en él ya que anochecía.

En la mañana jueves, á diez y ocho, comió Su Majestad temprano en La Mejorada y vino por los pinares adelante, donde la compañía después de comer estuvo esperando». [20]

Ya en Burgos, donde permanece tres días el Rey, hace una visita al monasterio de Nuestra Señora de Fresdeval: «También ay rico monasterio de Hierónymos desviado de la ciudad, que se dice Frez del Val, que tiene hermoso sitio y mucha renta».[21]

A la salida de Burgos, habiéndose detenido para comer en el monasterio benedictino de San Pedro de Cardeña, llega a la casa jerónima de San Juan de Ortega, donde pasa dos noches:

«Miércoles, día de Sant Gerónimo, último de setiembre, partió Su Majestad como á las nueve de Burgos y hizo dos leguecitas hasta el monasterio de Sant Pedro de Cárdena, abadía de Benitos, donde quedó a comer,…

… comido, volvió á su jornada y pasó por Ibeas y Salduendo, dos lugares pequeños, y vino hacer noche en San Juan de Ortega, convento de la orden de Gerónimos, que está en un desierto y bosques, cinco leguas distante de Burgos, y allí se detuvo jueves todo el día, primero de octubre».[22]

La siguiente y última estancia en este viaje en monasterio jerónimo se produce el 6 de octubre, donde el Rey, aquejado por la gota, es obligado a permanecer en el monasterio de Nuestra Señora de La Estrella durante un mes:

«Martes, a seis de octubre comió Su Majestad temprano y partió de Santo Domingo a la una, y la compañía salió con él dos leguas, y de allí tomó Su Majestad el camino para un monasterio de Gerónimos, a mano izquierda,

19 *Idem. Jornada de Tarazona…op.cit.,* p. 13
20 *Idem. Jornada de Tarazona…op.cit.,* p. 15/16
21 *Idem. Jornada de Tarazona…op.cit.,* p. 44
22 *Idem. Jornada de Tarazona…op.cit.,* p. 48/49

que se dice la Estrella, puesto no lejos de Ebro, tres leguas de Santo Domingo y dos de Nájera,….

… y vinieron nuevas cómo Su Majestad quedaba indispuesto de la gota en la Estrella: por lo cual se entretuvo la compañía hasta trece del mes…

La Estrella, convento de Gerónimos, está a dos leguas no lejos del rio Ebro, junto a Sant Auxencio, cuyos vinos son famosos en esta comarca, y los llaman blancos, aunque sean claretes, por no ser tan espesos ni groseros como los otros. Quedó Su Majestad en el dicho convento todo lo restante del mes de octubre mal dispuesto; y estando ya para ponerse en el camino, vino sábado, a siete de noviembre de la Estrella en Nájera, donde durmió y quedó domingo y lunes». [23]

Después de esta larga indisposición, el Rey prosigue su viaje a Tarazona donde llega a finales de noviembre, partiendo a los pocos días y llegando finalmente a Madrid el 30 de diciembre.

10.4. Última estancia en El Escorial

En el verano de 1598 el Rey emprende su último viaje, a pesar de las protestas de sus médicos y consejeros que lo juzgan peligroso, pero, «este es ya su único deseo: morir en El Escorial». [24]

A su llegada, es recibido por el prior fray García de Santa María y otros monjes jerónimos, entre ellos el P. Sigüenza, quien nos ofrece este relato:

«El Rey estaba flaco y gastado de las continuas dolencias, y mal convalecido, y determinóse de partir para su Casa de San Lorenzo, o, por decirlo mejor, para su gloriosa sepultura. Caminó en una silla a manos de hombres, porque ya no podía de otra manera. Trajéronle por el más llano camino que pudieron; llegó a la Fresneda entre cinco y seis de la tarde, el 5 de julio de 1598, habiendo partido de Madrid la última vez de su vida el último día de junio». [25]

Después de hacer noche en la Fresneda, cosa no habitual y probablemente debido a la gran fatiga producida por el viaje, Felipe II pasó los siguientes días despidiéndose de su Casa y sus partes, dedicando especial atención a la librería y a los relicarios. Y pasadas dos semanas de pocos movimientos y siempre sentado en la silla, empezó a empeorar su condición:

«… el 22 de julio, cerca de la medianoche, le volvió la calentura, que fue como la postrera aldabada y el último grito de los mensajeros que envió delante el

23 *Idem. Jornada de Tarazona…op.cit.,* p. 53/54/55
24 L.Pfandl: Georg D. W. Callwey (Kastner & Callwey, 1938), traducido como *Felipe II: bosquejo de una vida y de una época,* Madrid: Cultura Española, 1942. p.510
25 Sigüenza. *Como vivió*…. op.cit., p. 102

Esposo para que se aparejase y saliese a recibirle aquella alma santa, como lo veremos en el discurso que se sigue». [26]

En estos días fue la gota la principal dolencia que padeció el Rey causándole dolores agudísimos en las manos y en los pies, pero, asimismo le afligió un principio de hidropesía hinchándosele el vientre, muslo y piernas. Y después de haber experimentado más fiebres durante siete días le sobrevino en el muslo, encima de la rodilla derecha, una apostema de calidad maligna, que fue creciendo y madurando poco a poco con grandes dolores y

«fue forzoso abrirla con hierro, que por ser en lugar tan peligroso y sensible era de temer, y todos temieron no se quedase muerto en el tormento. Abrióla (el cirujano), al fin, el día de la Transfiguración del Señor,[…] y le mandó a su confesor, el padre fray Diego de Yepes, que entretanto estaba en el tormento le leyese la pasión de San Mateo, consideración llena de piedad…» [27]

Con anterioridad a esta operación el piadoso Rey, mandó que le trajesen algunas de las reliquias de los santos para que éstos, como integrantes de la Iglesia triunfante que gozan ya de la gloria de Dios, pudiesen interceder por él, en este difícil trance:

«Dos días antes que le abriesen la pierna (que fue en la fiesta de Santo Domingo) hizo una prevención de singular ejemplo, en lugar de otras que hacen los que no tienen tanta fe en las cosas divinas. Mandó que le trajesen algunas de las santas reliquias con solemnidad eclesiástica; ordenó que su confesor, el padre fray Diego de Yepes, y el del Príncipe su hijo, el padre fray Gaspar de Córdoba, y el prior, fray García de Santa María, vestidos con sobrepellices y estolas, viniesen con ellas, y que se previniesen para decirle cada uno alguna plática espiritual». [28]

Ante la gravedad de los pronósticos entendió su confesor que era conveniente informar a su majestad del peligro en que estaba y

«[…] el Padre fray Diego de Yepes, de la orden de San Jerónimo, su Confesor, con acuerdo del Doctor Mercado, le notificó, que aquella enfermedad entendía que sería el fin de su vida: y no se puede encarecer el agradecimiento que le mostró, y con cuan benignas palabras le dijo el contento que le había dado, y placer que le había hecho en sacarle de duda, y certificarle lo que tanto le convenía». [29]

Efectivamente, la larga y penosa enfermedad que con tanta dignidad y entereza había resistido el Rey, llegaba a su fin, pero habían sido cincuenta y tres días de tormento:

26 *Idem. Como vivió…. op.cit.,* p. 104
27 *Idem. Como vivió…. op.cit.,* p. 112/113
28 *Idem. Como vivió…. op.cit.,* p. 122
29 A. Herrera y Tordesillas, *Historia General del Mundo* (Volumen IV). Estudio de Mariano Cuesta Domingo Boletín Oficial del Estado, 2016. (Transcripción Elizabeth Bush)

> «En cincuenta y tres días que duró en esta enfermedad, padeció este tan incomportable trabajo; ni se le pudo mudar la ropa que tenía debajo, ni menearle o levantarle un poco para limpiarle los excrementos de la necesidad natural, y mucha parte de la materia que le salía de las postemas y llagas tenían al sufridísimo Rey en una sentina hedionda sepultado en vida».[30]

El Rey, con las pocas fuerzas que le quedaban, empezó a tratar los asuntos que necesariamente habían de completarse antes del fatal desenlace: mando hacer muchas y notables limosnas, recibió al Nuncio para recibir la bendición de Su Santidad, comulgó y recibió el Sacramento de la Extremaunción y, finalmente, se despidió de sus hijos el Príncipe y la Señora Infanta.

El Rey le pidió a Dios estar consciente y sin dolores en la hora del tránsito de su alma, y habiendo recibido en una mano el crucifijo de su padre y en la otra una vela de Nuestra Señora de Montserrat y, delante de la reliquia de San Albano, habiendo confesado que moría en la Fe y obediencia de la Santa Iglesia Romana, el Rey entregó su alma.

> «Durmió en el Señor el gran Felipe II, hijo del Emperador Carlos V , en la misma Casa y templo de San Lorenzo que había edificado, y casi encima de su misma sepultura, a las cinco de la mañana, cuando el alba rompía por el Oriente, trayendo el sol la luz del domingo, día de luz y del Señor de la luz; y estando cantando la misa del alba los niños del Seminario, la postrera que se dijo por su vida, y la primera de su muerte, a 13 de septiembre, en las Octavas de la Navidad de Nuestra Señora, Vigilia de la Exaltación de la Cruz, el año 1598». [31]

10.5. Referencias bibliográficas

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II, rey de España*, 3 vols., Salamanca, 1998.

CERVERA DE LA TORRE, Antonio. *Testimonio autentico y verdadero de las cosas notables que pasaron en la dichosa muerte del Rey N. S. don Felipe II, que santa gloria haya*. Autor, su capellán, dirigido al Católico y potentísimo Rey de las Españas y del Nuevo Mundo don Felipe III nuestro señor. — Con privilegio. En Madrid, por Luis Sánchez, año 1600.

COCK, Enrique. *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*. Ed. A. Morel- Fatio and A. Rodríguez Villa, Madrid, 1876.

— *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*, ed. A. Morel-Fatio and A. Rodríguez Villa, Madrid, 1879.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio. *Historia General del Mundo* (Volumen IV). Estudio de Mariano Cuesta Domingo Boletín Oficial del Estado, 2016. [Transcripción Elizabeth Bush.]

KHEVENHÜLLER, Hans. *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*. Ed. Sara Veronelli and Félix Labrador Arroyo, Madrid, 2001.

30 Sigüenza. *Como vivió…. op.cit.,* p. 115
31 Sigüenza, *Como vivió…. op.cit.,* p. 148

LHERMITE, Jehan. *El Pasatiempos: Memorias de un gentilhombre en la corte de Felipe* II *y Felipe* III. Edición de Jesús Saez de Miera. [Traducción: José Luis Checa Cremades] Ediciones Doce Calles, 2005.

PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal. *Elogio a las esclarecidas virtudes del Católica Real Magestad del Rey Nuestro Señor Felipe* II. (Valladolid, 1604; reprinted as an appendix to Cabrera de Córdoba, Felipe II, IV [Madrid, 1877])

PFANDL, Ludwig: Georg D. W. Callwey (Kastner & Callwey, 1938), *Felipe* II*: bosquejo de una vida y de una época* [traducción de José Corts Grau]. Madrid: Cultura Española, 1942.

PORREÑO, B. *Dichos y hechos del Rey Don Felipe* II. Madrid, 1628.

PRESCOTT, William Hickling. *History of the reign of Philip the Second, King of Spain*. 3 vols., Leipzig: Alphons Durr, 1856.

RUBIO, Samuel. OSA. «Los jerónimos de El Escorial, el canto gregoriano y la liturgia». *Ciudad de Dios* 182 (1969) 225-233.

RUIZ, T. F. *A king travels. Festive traditions in late medieval and early modern Spain.* Princeton, 2012.

SABAU BERGAMÍN, Gabriel. «Relaciones de Felipe II con la Orden de San Jerónimo» en *Studia Hieronymiana*. Tomo II. Madrid 1973., 313-346.

SEPÚLVEDA, Fray Juan de. OSH. «Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España», en *Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial,* IV. P.Fr. Julián Zarco Cuevas O.S.A. Beato Madrid, 1924.

SIGÜENZA, Fray José de. OSH. *Cómo vivió y murió Felipe* II */ por un testigo ocular*. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1928.

— *La Fundación Del Monasterio de El Escorial.* CMC editor, Valencia, MMX.

VARGAS - HIDALGO, R., 'Documentos inéditos sobre la muerte de Felipe II y la literatura fúnebre de los siglos XVI y XVII', *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCII (1995), 377-460

ZARCO CUEVAS, Julián, Beato. *Ideales y normas de gobierno de Felipe* II. Conferencia pronunciada en la Academia de Jurisprudencia el 7 de abril… (1927).